

Vida, Recuerdo y Resurrección

P. Mauricio Gaborit S. J.

Nos hemos reunidos esta mañana, en medio de la persistente lluvia que ha causado tantos estragos y a cuyos damnificados ofreció el P. Dean el dolor de su enfermedad, para recordarle y darnos apoyo y consuelo en esta pérdida. Y está bien que siga lloviendo, pues eso nos recuerda la ofrenda de Dean. Recordamos a Dean, cada quien con historias distintas y experiencias diversas, pero todos reconociendo una verdad suya que se nutrió del Evangelio y de esa relación personal con Jesús alimentada en la oración y en la entrega a los más necesitados. Lo recordamos como el que tenía tan claro que, desde el caminar solidariamente con los que transitan por esta vida con poco, se podía anunciar la Buena Nueva que nos trajo Jesús de Nazaret, y se podía trabajar por transformar aquello que se vive injustamente. Su trabajo en Jayaque y en Las Palmas da testimonio amplio de esto. La presencia de ustedes el día de hoy lo confirma. Lo mismo se puede decir de su labor aquí en la UCA, donde ayudó a tantos jóvenes a tener la oportunidad de seguir estudiando y entusiasmo a muchos otros a que colaboraran con él para que ese esfuerzo fuera fructuoso.

Generó entusiasmo en mucha gente, con su alegría y con su claridad de pensamiento sobre lo que nos debe orientar fundamentalmente en la vida. Lo hizo también en las aulas y en su dedicación a escribir sobre espiritualidad y teología desde la fidelidad a esa realidad salvadoreña que sigue reclamando palabra iluminadora y transformadora. Lo hizo, igualmente, con la cercanía a tantos religiosos y religiosas con su orientación, guía y ánimo para alcanzar a ver cómo a Dios se le va descubriendo en el diario vivir y sufrir de la gente sencilla.

Durante los últimos meses de su vida, él estaba bien consciente de que le acompañaban las oraciones de muchos de ustedes que se encuentran hoy aquí y, con frecuencia, manifestaba que eso le daba ánimo. Recordamos esas cosas grandes de él y también cosas pequeñas pero que, en su pequeñez, dicen grandeza. Por ejemplo, lo recordamos como el que, en los últimos días de su enfermedad, al regresar a la comunidad, preguntó sobre su hermano jesuita que había estado hospitalizado en los mismos días que

* Homilía presentada en la misa del entierro del P. Dean Brackley, celebrada el 19 de octubre del presente año.

** Director de la maestría en Psicología Comunitaria, jefe del Departamento de Psicología y codirector de ECA.

él. Cuando regresó del hospital, unos cuantos días antes de su muerte, y una vez que llegó agotado a su habitación, lo primero que me preguntó fue por su hermano jesuita enfermo.

Sí, recordamos todo esto y ese recuerdo nos convoca alrededor de esta mesa sencilla de fraternidad y reconciliación. Pero ¿qué hacemos cuando recordamos como comunidad cristiana? ¿Traemos a la memoria momentos inolvidables, entrañables, de Dean y sobre Dean, que están grabados indeleblemente en nuestro corazón y en nuestra mente? ¿Recordamos para que el cálido afecto que eso genera nos vaya dejando un sentimiento de paz por una pérdida que experimentamos como profunda? ¿Recordamos para conservar en nuestra mente eso que se nos escapa, como el agua entre las manos, y poder arañar un poco de permanencia a ese tiempo fugaz que se nos antoja hoy particularmente huracán y escurridizo? ¿Queremos con eso aliviar la tristeza y apaciguar el desasosiego que quizá nos invade cuando nos damos cuenta de que un hombre bueno ya no está con nosotros? Sí, quizás, pero mucho más. “Recordamos”, es decir, volvemos a traer al corazón –transitamos todo eso y lo colocamos en lo más profundo nuestro, ahí donde almacenamos lo más querido–, pero lo hacemos como comunidad cristiana que se reúne por la invitación de Jesús: “Hagan esto en memoria mía”. La Eucaristía tiene esa fuerza, pues se hace en recuerdo de Jesús. Es un recuerdo que es capaz de transformar radicalmente nuestra experiencia y dotarla de eternidad, de esa cercanía con Dios tan profunda que nos pone ante los ojos otro horizonte y nos da otra vida. Sí, otra vida.

No es la muerte de Dean lo que nos convoca hoy, sino su vida. Y no me refiero tanto a lo que hizo en vida –aunque eso también–, sino a la vida que ahora tiene. Es decir, nos convoca la esperanza y la fe, como nos explicaba el P. Chente anoche, la esperanza y la fe animadas por el amor, asentadas en el amor, tal como nos lo dice S. Pablo cuando escribe a la comunidad de Corintio (1 Cor. 13, 13). Nos convoca la certeza de que nuestro Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, como nos dice la Escritura. Una vida que compartimos ahora con Dean, pues es la vida que da Dios a los que le han respondido a su llamado con entereza y generosidad. Sí. Porque lo que tenemos enfrente hoy no es el cuerpo inerte de Dean, no es un cuerpo sin vida; todo lo contrario: está lleno de vida. Y esta vida es tan distinta a la que estamos acostumbrados, tan llena de incongruencias, injusticias, falsas promesas..., tan distinta que estremece y, por eso, ahora, Dean duerme. Algo tiene que cambiar radicalmente. Y lo acusa el cuerpo. Y es lo que nuestros ojos ven y comenzamos ya a ser testigos de que, efectivamente, se inicia la promesa de Dios que da vida “a los que ha llamado suyos”. Una vida que, en palabras mismas de P. Dean en el mensaje que dejó grabado, fue alumbrada por el amor a los más pequeños, a los insignificantes de este mundo; iluminada por el conocimiento que él derivó en la compañía de los pequeños, y que le fue acercando por ello a la esencia misma de Dios que nació entre animales de establo y murió ajusticiado en compañía de ladrones. Ya el Evangelio que hemos leído hoy nos lo dice dramáticamente: la muerte arranca el grito del Justo que reclama que Dios visite el dolor y lo auxilie con el bálsamo de su gracia. Es ahí, sobre todo al final de su vida, al pie de

la cruz y con las gracias que él reconoce haber recibido de la gente sencilla, donde Dean –como el diario que llevó durante su enfermedad lo evidencia– se entrega a Dios. No sin dificultad, pero sí con generosidad y, al final, con una paz que le permitió dar testimonio de que, efectivamente, nuestro Dios es Dios de vivos.

Dean escribió un diario donde iba consignado sus pensamientos y, sobre todo, los movimientos del Espíritu en su interior en los últimos meses de su vida. Deja de escribir aproximadamente un mes antes de su muerte. En él, de manera sencilla y sin mayores elaboraciones, va anotando la lucha interior por irse acercando a la voluntad del Padre. Lo describe como el camino de Getsemaní, recordando la oración de Jesús en el huerto antes de su muerte que nos relata el evangelista S. Lucas (Lc., 22, 41). “Jesús pasó por esto”, pondera. Y concluye: “Está conmigo en esto”. Y hace suya las palabras de Jesús: “Líbrame de este cáliz, pero no sea mi voluntad, sino la tuya”. Y pide la gracia de “luchar y entregarme en manos de Dios”. Vemos cómo la resignación se va apoderando de él. Pero no “resignación” como la solemos entender: la aceptación de algo inevitable y sobre lo que no podemos hacer mayor cosa para cambiar su rumbo. No. Re-signación cristiana, es decir, darle un nuevo signo, dotar a la experiencia de un nuevo significado, “re-signar”: volver sobre la experiencia y dotarla de un signo que deriva su profundidad en el Dios revelado en el Nazareno. Y entonces ya no es aceptar lo que no se puede cambiar sino, todo lo contrario, comenzar ese andar que cambia el sentido mismo de nuestros pasos y les imprime una fuerza tal que deja huella de esperanza. Ese es el “ejemplo”, el “modelo” de Getsemaní, como lo llama Dean. Y esa lucha desembocó en la entrega serena de vida al Dios de la Vida. De algunas partes de este andar, que no improvisó en sus últimos días, conocieron algunos; y de otras partes, otros. Pero todos hemos sido testigos de que en la vida del P. Dean –y ahora con su muerte– atisbamos, como en pocas ocasiones, la esencia misma de Dios.

De pequeños, se nos había dicho que la fe consistía en “creer lo que no hemos visto”. En realidad, la fe es creer lo que vemos, pero con ojos distintos, dirigir nuestros ojos a lo más profundo y allí descubrir a Dios, ver otra cosa que lo que nos da una mirada superficial, transformar (darle otra forma) y cambiarla. Y tan cierto es, que nosotros somos testigos: la vida de Dean ha quedado transformada. El dolor que experimentó en estos últimos meses enfrentando un cáncer que se lo iba comiendo, ya no es su experiencia, eso ha quedado atrás, él ha quedado transformado y ahora tiene paz. ¡Díganme si no somos testigos de esta transformación cuando nuestra vida la colocamos en Dios! ¡Díganme si no! Como dice el Evangelio, “No está aquí, ha resucitado”. Es decir, se mueve en la dimensión de la cercanía de Dios, la cual es tan profunda que, en este recuerdo que hacemos de él, nos invita a alimentarnos y a derivar fuerza de lo que él se alimentó y obtuvo fuerzas. Por esta razón, nos sentimos alegres, sí, alegres, pues nuestro hermano, el P. Dean, se ha convertido en plegaria nuestra ante Dios.

Ya en la introducción de la Primera Carta de San Juan, el autor sagrado nos lo dice: “Aquí [en el féretro] tienen lo que era desde el principio, lo que

hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos y palpado con nuestras manos”. Es en estos momentos –difíciles, pero menos duros por el alivio que brinda la solidaridad– cuando vemos con otros ojos, oímos con otras atenciones y palpamos con otro tacto. Y entonces, caemos en la cuenta de que la acción de Dios que nos promete la Resurrección ha comenzado a ser realidad. Y seguimos narrando, entonces, la palabra del Dios Vivo; seguimos proclamando el hecho de que es Palabra efectiva: “Hemos visto la vida eterna, hablamos de ella y se la anunciamos” (1 Jn. 2). Ese, me parece a mí, es uno de los regalos más grandes que nos ha legado Dean: iluminarnos ese camino hacia Dios que necesariamente transita por la entrega a los más necesitados. De esta manera, la alegría con la que todos re-cordamos a Dean ya no se apaga, sino que se enciende, pues reconocemos que estuvo y está alimentada en lo profundo de Dios. Y por eso podemos decir en medio de la pérdida: “Muerte, ¿dónde está tu victoria?, ¿dónde está, muerte, tu aguijón?” (1 Cor. 55).

Cuando las mujeres del relato del Evangelio llegan preocupadas porque no sabían quién les iban a levantar esa enorme piedra que cubría el sepulcro y escondía el cuerpo de Jesús, son recibidas por un joven que las tranquiliza y les pide que no se espanten, y les hace dos observaciones que son casi preguntas: El Crucificado ha resucitado, y las invita: “Miren el sitio donde lo pusieron”. Con respecto al P. Dean, imiren el sitio donde lo han puesto! No es ahí [en el féretro]. ¿Dónde lo han puesto? Estoy seguro de que lo han puesto donde solo hay bondad, donde ya no hay espacio para la ambigüedad, donde se grava lo que tiene dejo de eternidad, donde recuperamos lo mejor de nosotros, y donde guardamos con agradecimiento todo aquello que sabemos que se nos ha sido dado gratuitamente. ¿No es acaso esto, el amor del cual nos habla San Pablo cuando nos dice que eso es lo más grande? (1 Cor., 13) ¿No es acaso esto lo que nos dice S. Juan cuando con convicción señala que Dios es Amor? (1 Jn. 8).

Quisiera concluir invitándolos a seguir animados por el ejemplo de nuestro hermano el P. Dean. Que su re-cuerdo nos fortalezca en nuestros desánimos, que la alegría que siempre le caracterizó nos remoce y que su ejemplo nos rehaga. Y termino retornando a la Primera Carta de San Juan (1: 3-4): “Lo que hemos visto y oído se lo anunciamos también a ustedes [hoy] para que estén en comunión con nosotros (...). Y les manifestamos esto para que su alegría sea completa”.